Sucedió en Getsemaní

Un relato de ficción basado en hechos reales



"Todo adquiere una dimensión distinta en esta noche. Hasta el miedo"

Ya es noche cerrada. Después de cantar el himno de acción de gracias, hemos abandonado el cenáculo. Las calles –iluminadas con hachones, de tramo en tramo, con motivo de la conmemoración que celebramos– están muy concurridas por numerosos grupos de gentes, venidas de todos los rincones del mundo judío, que celebran el reencuentro con efusión o conversan animadamente. El pretor romano ha extremado la vigilancia y patrullas de legionarios vigilan las calles y plazas de mayor afluencia, especialmente los barrios de los alfareros y los tejedores.

Sin que nadie lo haya decidido expresamente, nos encaminamos al huerto de olivos que hay al otro lado del torrente Cedrón, más bien un arroyuelo casi siempre seco, que, en primavera, suele arrastrar un hilillo de agua cristalina, más ruidosa que abundante. El huerto es viejo, los olivos tienen los troncos rugosos y carcomidos. Los más ancianos de aquellos parajes, cuentan que sus antepasados les decían que, en tiempo del Gran Rey –se refieren a Salomón, que levantó el primer templo– daba ya abundante cosecha y su aceite era muy estimado. El nombre de Getsemaní significa, en hebreo, "molino de aceite" o "prensa de aceitunas". En el extremo norte de la parcela hay unas ruinas, seguramente de la vieja almazara. En algunos tramos de su linde con el camino que lo bordea, subsisten los restos de un murete de piedra, sin argamasa, en el que crecen los hierbajos parásitos. Es un lugar retirado desde el que se divisa la inequívoca silueta del segundo templo levantado por Herodes.

La madrugada de plenilunio tiñe el paisaje de una plateada claridad. El silencio lo llena todo. Un silencio cargado de ruidos. El chasquido de la rama seca que se troncha; el paso cauteloso de una depredadora en acecho; el inquieto corretear de los roedores; la brisa que pasa, imitando el crepitar del fuego, entre las hojas de los chopos silvestres que han crecido en la orilla del torrente. Todo adquiere una dimensión distinta en esta noche. Hasta el miedo.

-Sentaos aquí, mientras yo voy más allá y hago oración.

Se aleja como un tiro de piedra. Al sumergirse en la borrosa neblina que la madrugada ha levantado entre la arboleda,



me sobresaltan recuerdos. Hacía días que habíamos dado sepultura a Lázaro. Cuando lo vimos llegar, tuvimos el presentimiento de que algo extraordinario iba a suceder. Después de compartir dolor y llanto con Marta y María, se alejó de nosotros. Ordenó retirar la piedra del sepulcro. El hedor me hizo volver la cara. Le oí gritar llamando a Lázaro y pensé, como muchos: *el dolor le ha trastornado el juicio*. Y Lázaro acudió a su llamada regresando de entre los muertos. Hubo más casos parecidos. Ciertamente hay algo sobrenatural en El. Pienso que este sí es el Esperado. Hace frío en la madrugada de primavera. Estamos en silencio, con nuestros pensamientos, dormitando. Los viejos olivos, contraídos y torturados por el devenir de los años, han presenciado el paso triunfal de los ejércitos invasores de los pueblos del norte, antes de verlos regresar con la humillación de la derrota en sus legiones. Han perdido la cuenta de las lentas caravanas que vienen de ciudades remotas y se pierden, en al país de las pirámides, más allá de la segunda catarata, dejando a su paso, un rumor de extrañas lenguas y melancólicas canciones. Cuando el sol naufraga más allá del horizonte, bandadas de revoltosos pájaros vienen a refugiarse en la enramada. Están ahí, extrañamente inquietos hoy, esperando el nuevo día. Un ave de rapiña, sigilosa, veloz como piedra de hondero, vuela a ras del suelo buscando presa. La cena, como es costumbre en la pascua, ha sido copiosa. Apetece dormir. No pensar. Olvidar las cosas que se han oído hace poco. ¿Olvidarlas? Se han dicho tantas y tan extrañas. Algunas no las entenderemos nunca, otras no las olvidaremos jamás.

¿Es posible que no hayáis podido velar una hora conmigo...?

El reproche, dicho en voz queda, rompe el silencio y nos saca de la somnolencia que se ha ido adueñando de nosotros. No sé por qué me viene a la memoria el episodio en el que expulsó a golpes de maroma a los tenderos de ofrendas y cambistas que, sobrepasando los límites del atrio de los comerciantes, habían invadido el templo. Las palomas, que se sabían de memoria el camino de ida y vuelta de los corrales de Anás a las jaulas de los tenderetes, volaron en libertad. Las monedas, que la codiciosa mano del cambista había ordenado sobre las mesas de cambio, se desparramaron por los suelos y también valoran, más veloces, a manos de los holgazanes y descuideros que merodeaban por allí. El desorden fue descomunal. **En aquellos momentos, en El, no había ni odio, ni rencor. Solo cólera porque, la ambición, había convertido en lonja de mercadeo lo que debía ser casa de oración.** El sumo sacerdote, que obtenía suculentas rentas de aquella tolerada invasión, guardó rencoroso silencio. No se qué extraño presentimiento pone desasosiego, esta noche, en los pájaros. Huyen en desbandadas con inquieto aleteo.

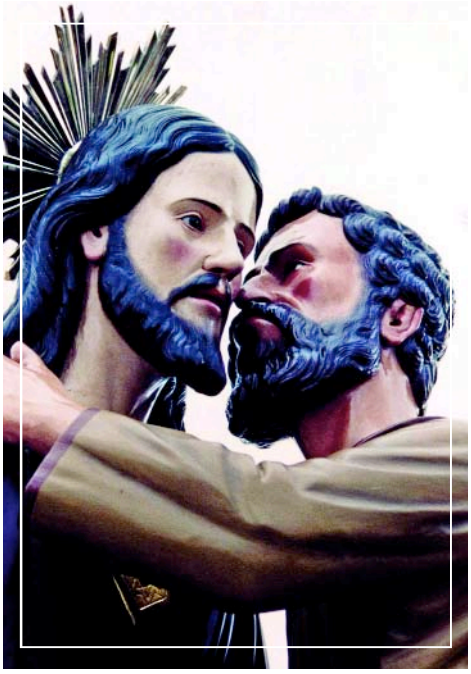
-Levantaos de aquí y vamos, que ya el traidor está cerca.

Estas palabras restallan en el silencio como un relámpago en la oscuridad y nos sobresaltan y atemorizan. Pasamos del sopor de la duermevela a la alarma más angustiosa y desconfiada. Nos incorporamos apresura-





"Los viejos olivos, contraídos y torturados por el devenir de los años, han presenciado el paso triunfal de los ejércitos invasores de los pueblos del norte"





damente. ¿A dónde vamos? ¿Quien es el traidor? ¿Por qué huyen, despavoridos, los pájaros de Getsemaní? A lo lejos, un perro ladra furioso.

Un rumor de gente cautelosa llega del otro lado del torrente. Quizá sea un grupo de peregrinos que no ha encontrado albergue en la ciudad. Alguien tropieza en la oscuridad y maldice. Se escucha ruido metálico de armas. Son pasos inciertos y confusos Se mueven con cautela. Parece que ignoran el camino a seguir o se han extraviado. Se aproximan. Llega un rumor de palabras entrecortadas. Una voz arrogante, acostumbrada a mandar, ordena "silencio". Sombras que se mueven en un paisaje de sombras.

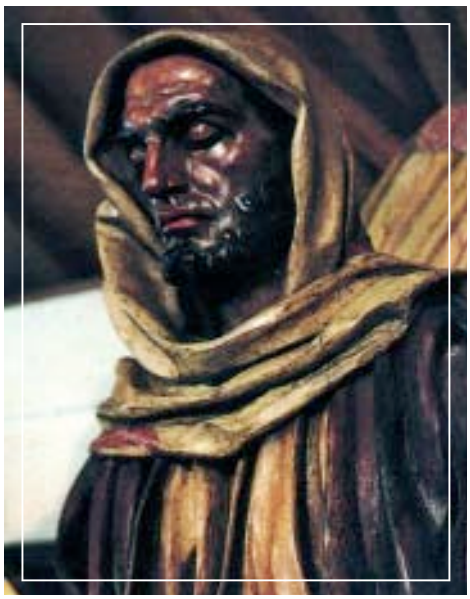
El grupo, atropelladamente, enciende antorchas. Nos miramos unos a otros. Sin decir palabra. Expectantes. No hay por qué temer, son gentes de orden, guardias del templo y criados del sumo sacerdote. Se aproximan, en tropel, con extrañeza y desorganización, mirando, inquisitivos, a los que estamos allí. Van armados. No hay por qué alarmarse, parece que, el que buscan, no está entre nosotros. Nadie dice palabra. Está claro que persiguen a un delincuente. Al frente del grupo viene uno de los nuestros que, hace un rato, estaba sentado a la mesa con nosotros. Esto nos tranquiliza.

No hay por qué preocuparse.

Se acerca al Maestro y besa su mejilla…

El resto... ya lo conocéis.

Vicente A Martínez Aguado





"Al frente del grupo viene uno de los nuestros que, hace un rato, estaba sentado a la mesa con nosotros. Esto nos tranquiliza"